

DIOCESIS DE AQUISGRAN

HOMILIA

Estamos aquí en esta peregrinación convocados por la esperanza. Toda peregrinación lleva consigo un ambiente de esperanza. En muchos casos, implica volver a nuestras raíces. Cuando nos enfrentamos al desafío de generar nuevos comienzos, en lugar de partir desde cero, puede resultar beneficioso volver a nuestros fundamentos. No siempre es necesario arrancar completamente la raíz para renovarnos efectivamente.

Colombia es reconocida, entre otras cosas, por su producción de café. En mi país, un cultivo de café tiene una vida productiva de aproximadamente 20 a 25 años. La planta de café pasa por varias etapas drásticas pero necesarias para completar su ciclo productivo. Una vez que la planta llega a un estado de agotamiento en cada fase se realiza el zoqueo. Esta es una acción radical donde el cultivador corta el arbusto, dejando solo las raíces y una pequeña parte de los troncos. A simple vista, un cultivo zoqueado puede parecer desolador, como una planta muerta sin futuro. Sin embargo, para una familia cafetera, esas raíces, con sus pequeños tallos representan una promesa de futuro. Así, de manera natural y sin mucho ruido, el cafetal encuentra la forma de reverdecer, florecer y dar fruto por varios años, después de un nuevo zoqueo.

Aceptemos, entonces, que una llamada a la esperanza a veces implica volver consciente y pacientemente a nuestras raíces. Las raíces esconden una promesa y debemos saber regresar a ellas. No es algo fácil; de hecho, si le pidiéramos al invierno que nos describiera la primavera, resultaría poco creíble.

Me atrevo a interpretar, por lo tanto, que el impulso de esta septenaria Gran Peregrinación hacia las santas reliquias, que son un tesoro, lleva consigo un claro espíritu de retorno a las raíces. Cada una de estas veneradas reliquias nos transporta espiritualmente al pasado, evoca las huellas más profundas de nuestra fe y nos orienta hacia el misterio de nuestra salvación. Al peregrinar como pueblo de Dios, nos dirigimos hacia esas raíces profundas cargadas de un renovado significado. Este es el privilegio de la fe, que nos permite, al

contemplar estas reliquias como ventanas luminosas, trascender para sumergirnos en una mirada serena de esperanza.

Aquí no importa la interpretación crítica de quienes estén al margen de esta fe, sino la de quienes nos atrevemos a peregrinar en estos tiempos en que se nos induce a mirar sin esperanza el futuro del mundo y de la Iglesia. Pero la experiencia cristiana nos permite mirar siempre al verdadero punto de partida, porque esta fuente no es fruto de manos humanas, de creatividades autónomas con proyecciones de futuro. Para nosotros solo hay un referente: en pentecostés el Espíritu está en el origen de la Iglesia y es la fuente permanente de su vitalidad. Es Él quien la mueve a fluir y atravesar la historia con pertinencia y significado y quien la conduce por caminos de renovación y de futuro. Sin Él, no hay autentico seguimiento de Jesús, ni vida nueva, ni Kairós eclesial.

Redescúbreme, entonces, no es solo el lema de esta peregrinación, es sobre todo una invitación a buscar con los ojos del corazón, para que, con espíritu de sabiduría, comprendamos la esperanza a la que nos llama el mismo Cristo. El **Redescúbreme** nos exige mirar seriamente hacia nuestro punto de partida. Estamos tan moldeados por esta cultura del descarte continuo que perdemos la perspectiva de nuestros propios fundamentos y del alcance de nuestro futuro, que se consolida en un atento presente.

Es el mismo reto del cultivador de café, que no se escandaliza con el panorama desolador de un cultivo detenido por el machete. Simplemente se está ante el desafío de aprender a crecer también en la pausa y en lo aparentemente improductivo; de hecho, este puede llegar a ser el mejor momento para que acontezca un nuevo Kairós, un reverdecer Eclesial.

Hoy el Señor nos pregunta: ¿Quién dice la gente que soy yo? Y todos los que estamos aquí peregrinando no deberíamos regresar sin una respuesta personal. Sintamos que estamos siendo cuestionados, exigidos para responder, hoy en un marco de expresiva comunión, que afina nuestra respuesta. Para eso estamos aquí, para reencontrar nuestra fe y poder como Pedro, iluminados desde lo alto, dar esta respuesta precisa: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente” (Mt, 16, 15-16).

Es verdad que el Mundo no es sin más compatible con lo divino. Y un corazón duro no es capaz de oír que están llamando a su puerta. Tal vez a muchos nos basta con el acumulado del conocimiento teórico o especulativo de hoy, con el uso de toda técnica o aplicación práctica, que en apariencia resuelven los temas esenciales del hombre y su existencia; quizá nos basta con resignarnos a esta ficticia seguridad de estos grandes logros que nos va endureciendo el corazón. Pero no. Hoy peregrinamos para sacudirnos de esas acomodadas certezas, para explorar e ingresar por la puerta espiritual donde podemos encontrar que somos más de lo que parecemos y que podemos realizar en Cristo obras inimaginables.

Y esto no significa que nuestra fe nos lleve a sustraernos del mundo. Somos del mundo sin ser del mundo. Todo lo real debe ser atendido, reconocido, es decir, respetado como misterio. Pero sería muy básico tener un grado de comprensión del mundo, dominarlo y sacar provecho de él, sin avanzar en algo más. La realidad bien mirada conduce a la profundidad y el ser humano está hecho para reconocer y agradecer su misterio. Ese reconocimiento y ese agradecimiento cuando es profundo nos puede llevar más alto, a la adoración. *En el fondo nuestra fe debe ser una escuela de respeto y de amor a lo que hay.*

El cristianismo no relata su misterio a través de grandes discursos. Inicialmente nos presenta un humilde portal, con una madre sencilla y un niño envuelto en pañales; ese es el signo. Los primeros en adorar a ese niño fueron los pastores que dormían al aire libre, y solo después vinieron los Magos. Percibamos que fueron las personas más sencillas y analfabetas de aquel tiempo quienes primero presenciaron la gloria. A veces, tener la mente llena de grandes ideas nos impide ver lo que tenemos delante.

Abrirse a la realidad, disfrutarla y develarla con hambre de verdad, es lo importante. Las reliquias de hoy son el signo, y su contenido va más allá de su materialidad, de su textura. Están cargadas de valor y sentido de fe. En nuestra mirada de creyentes, debemos siempre valorar el potencial de lo pequeño. Sin duda, Dios prefiere lo pequeño. Los Magos llegarán más tarde; quizás es necesario que la mente siempre llegue después del corazón, para que este último no corra el riesgo de quedarse excluido.

Se trata de **redescubrir** a Cristo para reconocernos en su amor y amarlo. En las palabras de asombro de Francisco de Asís: "el amor no es amado". Cada peregrino y peregrina de hoy tiene algo de sabio como los Magos y algo de humilde como los pastores, y estas reliquias nos presentan a María y al niño, al Cordero de Dios señalado por Juan, a Cristo en todo su amor extremo. Hemos venido a redescubrir este misterio de salvación. Necesitamos humildad y sabiduría para llegar juntos a la verdadera Vida. Necesitamos ser permeables y receptivos. Esta iluminación puede ocurrir gracias a realidades más pequeñas. Recordemos que la Buena Noticia se manifiesta desde sus comienzos bajo el signo del grano de mostaza.

Y ahora peregrinos, peregrinas ¿qué es lo que realmente tenemos ante nuestros ojos? Recordemos que siempre hay un vínculo invisible, pero real, entre lo de arriba y lo de abajo, entre el cielo y la tierra.

Cada uno debe ir al significado de la peregrinación provocado por estas cuatro reliquias que están llenas de contenido. Necesitamos discernir juntos el paso del Espíritu; su voz necesita ser escuchada y acogida, atendiendo "lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (Ap 2,11). Sus impulsos requieren la docilidad de nuestro corazón. Ahora es necesario ver el valor inspirador desde estas históricas reliquias; verlas en perspectiva de una vibrante invocación a la vida y en perspectiva del futuro en el que tenemos responsabilidad. "La vida solo puede ser entendida mirando hacia atrás, pero tiene que ser vivida hacia adelante", ha dicho Kierkegaard.

El manto maternal de una humilde mujer y unos pañales para arropar y proteger a un niño desprovisto no llamarían normalmente la atención de quien gusta detenerse ante lo grande, lo espectacular, con tonos de poder. Sin embargo, estas reliquias, para quien quiere ver, nos orientan al enorme misterio de la Encarnación, y nos lo deja ver con exquisita modestia y realismo puro un misterio que debe cuestionarnos. ¿Acaso nuestra fe no es en un Dios que se vuelca sin ostentación sobre nuestra historia, que acorta las distancias con su creatura y se revela extremadamente cercano, en la máxima humildad? ¿Acaso lo que es y lo que ha hecho Cristo, no es y lo ha hecho por nosotros?

Podría parecer que estas reliquias tengan solo referencia estricta al pasado y, no obstante, su mayor riqueza es que también pueden hoy orientarnos a una

visión de futuro, porque Dios nos continúa hablando, y nos interpela a reconocer su presencia. “Dios no habita en lugares asépticos y tranquilos, lejos de la realidad, sino que camina a nuestro lado y nos alcanza allí donde estamos, en las rutas a veces ásperas de la vida” nos dice el Papa Francisco. Y continua: “El espíritu nos pide que nos pongamos a la escucha de las preguntas, de los afanes, de las esperanzas de cada iglesia, de cada pueblo y nación. Y también a la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante”. No bloqueemos el corazón, no nos aferremos solo a nuestras certezas. Hagamos camino juntos, dando margen a lo que está hacia adelante.

Quiere decir que mirar hoy el manto de María, nos hace pensar en toda expresión de vida que está delante de nosotros y merece ser atendida, valorada o quizá defendida. La vida emite un clamor cuando se pone delante y se ve gravemente amenazada como en Colombia, África, o quizá muy cerca, en esta Europa de hoy. Este manto, hoy nos reclama la defensa de la vida, don de Dios; esa vida que se muestra con poco futuro, porque justo ahora, en muchos lugares se debe parir en medio de la guerra, de extrema pobreza, de la persecución, o en una dramática ruta migratoria de meses de camino, en territorios donde los niños muy pronto estarán llamados a las armas, a la mendicidad, a la trata. No son vidas para dar vida, sino para dar muerte. Peregrinamos para contrastarnos con la pobreza absoluta, que es la violencia más perversa, porque está marcada por el drama del hambre. En el mundo, sumando mi patria y tantas otras naciones, son millones de personas que mueren de hambre, frente al derroche y la ostentación de quienes acumulan en exceso, con justificados modelos económicos de evidente injusticia.

Esta peregrinación también nos obliga a asumir compromisos con cientos de niños sin pañales, que están al margen de ser atendidos en sus necesidades más básicas, que no serán arropados con el manto de la ternura y el amor primero. Los niños que nacerán y crecerán sin ser protegidos son un reclamo para una humanidad que hambrienta de vida plena, desestima la vida, la banaliza, la protege poco, y que cada vez más, pierde el pudor frente a lo humano e instrumentaliza la persona en una sociedad que ostenta ser progresista.

Y cómo no sentirnos interpelados frente a las reliquias que están marcadas por la sangre, el dolor y la muerte; sangre derramada por una desmedida violencia frente a lo distinto, a lo que en apariencia nos amenaza, frente al que se atreve a desenmascarar la mentira ofreciendo la verdad, violencia y muerte a quien ama en exceso. Las huellas de la muerte, en el manto ensangrentado del martirio de Juan, que hoy se ven en el manto destruido de la tierra por la coca, los cultivos de uso ilícito, la deforestación, la minería ilegal, para que otros se enriquezcan a partir de esclavizar personas, campesinos cultivadores y jóvenes consumiendo, entre tantas otras víctimas. La sangre de cientos de guerreros jóvenes que se matan fratricidamente en un conflicto que nos avergüenza en Colombia y en toda guerra innecesaria, en estos contextos de muerte.

En fin, reclamo del ensangrentado trozo de tela que resta después de todo despojo del drama de la cruz de Cristo, un manto que reclama atención a tantas personas buenas, desposeídas de todo, hasta su dignidad, atrapadas en la rapiña de la violencia o la pobreza. El manto del despojo total de personas que tienen el dolor de la más arbitraria marginación y exclusión, de tantos que han dejado su tierra, huyendo desplazados porque el hambre y la guerra los destierran, o están confinados por un grupo armado sin poder moverse en su propio territorio, despojados de sus hijos para un reclutamiento forzoso. En fin, los despojados de toda libertad. Esas son las reliquias de mi país y de otras naciones que emulan las que hoy nos concitan en este santuario y reclaman respuestas. Estas reliquias nos exigen e impulsan a reconocer la huella de Dios entre nosotros.

Por esto, justo ahora es necesario decir, que esta Iglesia de Aquisgrán, marcada por estos tesoros espirituales, con pulcrísima coherencia, ha sabido ser para nosotros, en Colombia, motivo de consuelo, compañía, apoyo y ayuda explícita. Esta Iglesia de Aquisgrán ha sabido, a partir de estas cuatro huellas de nuestro misterio de salvación, dar respuesta evangélica a tantas madres vulnerables, desposeídas, indefensas, sacrificadas y valientes; para cientos de niños y niñas, víctimas de tanta e indescriptible violencia. Apoyo y ayuda a tantas familias afectadas por los avatares de esta patria que sigue postergando la paz atrapada en una interminable guerra fratricida; en fin, para tantas vidas sin esperanza ni futuro, para ayudarles a crecer con

dignidad, para que la sangre derramada en el manto de nuestra patria no sea en vano.

Su presencia y compromiso de Iglesia hermana, ha aliviado y acompañado en mucho, ciertamente en mucho, por años, tantos dramas humanitarios: gracias por su generosa y solidaria hermandad. Gracias, por tanto, porque nos han ayudado a ayudar.

Aquí estoy, en peregrinación y en plural, convocado por la fe y la esperanza, en nombre de aquellos a los que, en su drama, Ustedes han tendido la mano. En nombre de las Iglesias Particulares que gracias a su apoyo y cercanía han podido fortalecer sus seminarios, sus proyectos y mostrar con mayor eficacia, sin pasar de largo, el rostro samaritano de Iglesia que nos reclama el Señor. Estoy aquí en nombre de tantos que han sabido de su caridad, para expresarles nuestra inmensa gratitud. Y también el gozo de sabernos uno con esta Iglesia hermana que, a tanta distancia de paisajes, de cultura, de lengua, de sueños, de dolores y desastres humanos, testificamos el valor de esta Iglesia que sigue siendo una en la alegría del amor, de la caridad explícita en la diversidad. Creo, ciertamente, que el mejor signo de nuestra fe hoy, alegría del Señor, es que podemos decir que se cumple lo que el Señor nos invita a vivir: “Ámense los unos a los otros. El amor mutuo entre Ustedes será el distintivo por el que todo el mundo los reconocerá como discípulos míos”. (Jn 13,34). Gracias por tanto, por lo que han sido para nosotros, fundamentalmente: hermanos y hermanas.

Dios fortalezca y bendiga siempre a esta Diócesis de Aquisgrán.